

## Revolucionarios de entretiempos

Rodrigo Soriano

De cuando en cuando se apodera de algunos políticos españoles el furor de la propaganda.

Ellos, que pasan dulcemente el invierno junto a la chimenea del Salón de Conferencias censurando a los “políticos andariegos” –esta es su frase– sonriendo desdeñosos ante el recuerdo de los oradores de mitin que se levantan sobre el oleaje de las multitudes moviendo los brazos y gesticulando furiosos; ellos, que temen por la blancura de su cutis cuando estrecha sus manos las del hijo del pueblo, he aquí que de pronto se sienten héroes y tribunos de la plebe y descienden al ruedo para reivindicar las sagradas libertades del proletariado.

“Junta de rabadanes, oveja degollada” –dice el refrán–. “Propaganda de monárquicos a favor del pueblo, pueblo engañado” –digo yo.

Si no estuviéramos en víspera de elecciones, aún podrían tener algún mérito, parecerían desinteresadas, a lo menos, tantas idas y venidas por el inocente país de los borregos, que es el verdadero mapa de España... Pero ¡ay! que conocemos el secreto y estamos prevenidos contra la engañifa.

No hace muchos meses, Romero Robledo, luciendo el traje taurino de sus mejores tiempos, recorría la Península coqueteando con los republicanos, cogido del brazo de ellos y poniéndoles tiernos ojos de ternero degollado.

En La Coruña, aquel antiguo libelista de la “raza espuria de los Borbones”, habló contra los reyes, promoviendo las iras del gobernador de la provincia y sacando de sus guaridas a los feroces hombres del tricornio y del correa color de mayonesa. En los Juegos Florales de Ronda se sintió Marat; bajo el follaje apolillado de su trovadoresco discurso, hizo brillar un punto los relámpagos de su indignación antiborbónica y resonar el trueno de una fiereza revolucionaria *enragé*.

Se iba a comer el mundo, pero se pasó luego al *demi-monde*: vistiose el traje de corte, calzó los zapatitos de raso y puso en su cabeza el apolillado pelucón de las azafatas palaciegas “*Sic transit gloria mundi*”.

¡Qué secretos guardarán las antesalas cortesananas, para extirpar en tan breve tiempo ciertos diviesos revolucionarios! Hombres fieros en el Parlamento, leones de la propaganda pública, llegan al pie de los guardas palaciegos y sienten entibiar su fe, bambolearse sus gallardías, apenas el alabardero de guardia golpea con la punta de su lanza el pavimento regio en señal de audiencia.

Son ahora los liberales y demás gente trashumante del partido los encargados de levantar al pueblo. En otro país, al solo anuncio de la resurrección liberal, asomaría el sagrado pito en todos los labios y acaso acaso el garrote en todas las manos.

¡Cómo! Han ocupado largos meses el poder, amos y dueños de un país inerme, tiranos de la *Gaceta* y domadores de un Parlamento desdentado y sin uñas, donde apenas se han oído voces de indignación fuera de las minorías republicana e integrista; tuvieron tiempo sobrado para levantar el país y, sin embargo, su gobierno fue un ronquido, sus reformas el opio, sus pujos de liberalismo la reposada digestión de un canónigo. ¡Y ahora pretenden esperanzar al pueblo en los mítines! ¿De qué van a convencerle? ¿De su inutilidad, de su torpeza, de su pusilánime abandono?

La máquina de rehacer virginidades políticas funciona, a pesar de todo, sin descanso. Es verdad que las celestinas fusionistas discuten apasionadamente la calidad del matute doncellesco: pero al fin nos darán gato por conejo. Virtudes que parecían averiadas al principiar el invierno, despertarán esta primavera, virginales y cándidas, en el lecho de plumas de su inocencia, adornando sus sienes con las blancas flores de la pureza. Montero Ríos será una casta Susana, limpia, al salir del baño, de toda culpa; Romanones competirá en gallardía con la gacela, y Abarzuza será capaz de hacernos creer en alguna virginidad.

Otros elementos hinchan sus carrillos con la trompa épica hablando de revolución dentro de la monarquía. Creen posible que se decida el P. Montaña a calarse el gorro frigio, y que Maura, ese Saavedra Fajardo de doublé, presuntuoso e hinchado, hable a los gobernadores de nuevo, como Sancho en su ínsula, para rogarles que tengan la comodidad de expulsar a los frailes un día de estos por la mañanita temprano, con el *capo, tin, tin* –según cantan en una zarzuela del género chico–. ¡Dulce y noble ilusión! Todo ello acabará con guardia civil por las calles, como sucedió a Canalejas en Barcelona, y con frailotes en Palacio. ¡La monarquía anticlerical! Se comprende en Italia, donde la médula de aquel trono es el anticlericalismo tradicional. ¡Pero en España!

Esos revolucionarios de la monarquía, dirigidos por un hombre de gran talento y de buena fe, vendrán a nosotros o perecerán en el mar de la vulgaridad.

Siempre que oigo hablar a esos hombres a ratos tan feroces, para quienes la humanidad es, por lo menos durante algunos meses, vil puñado de mosquitos, digno de ser deshecho con el índice en un momento de furia, viene a mi memoria la historia de Sansón, el tragahombres del Estado de Indianápolis.

Mark Twain, el más ilustre de los humoristas americanos, dice que le conoció, y nos refiere con picante estilo sus hazañas. Sansón era hijo de un modesto tendero de ultramarinos; la Providencia, que diera a su padre largas uñas, concedió a Sansón abundante y enredada cabellera. Cierta día, harto Sansón de luchar con los fideos, así como el Sansón bíblico luchara con los filisteos, cayó en manos de nuestro hombre cierta pingosa lámina de una historia de la Revolución francesa; en ella aparecían retratados algunos héroes de la tragedia sangrienta, que servían de envoltorio a medio kilo de aceitunas.

Observó Sansón que aquellas ilustres panteras del terror usaban melena, se miró al espejo, y tirando las olivas a un lado, declaróse súbitamente Marat de mostrador. En mítines y algazaras políticas, Sansón, espíritu fuerte, predicaba sin cesar el universal corte de cabezas y el total rebane de cuellos. Abominaba del planchado y del betún, implantando la mancha libre en su ropa esclava.

Tanto gritar, le condujo al Parlamento y se hizo hombre. Pero sus electores fueron observando, asombrados, que, conforme iba perdiendo en potencia su voz, se despoblaba su melena de abundantes y bellos rizos. Con un mechón desapareció el centelleante vigor que movía su pluma: en pocos meses aquel Sansón, espanto de los tímidos, terror de puritanos e hipócritas, se volvió el más gris, correcto y ceremonioso de los escritores de periódico.

Con otro rizo de sus tiempos gloriosos se llevó la tijera su generosidad. Sansón, el bohemio de rotos codos, se volvió avaro, ruin, escudriñador, maniapretado y uñilargo; odió la enfática solfa de su elocuencia mitinesca, embelesándose con el tintineo del dólar al caer en el capazo del mostrador. Cayeron, por fin, los rizos de la pasión, y Sansón volvióse insufrible, orgulloso; recibía en corte a su pueblo, arrojándole desdeñosas sonrisas como calderilla de mendigo; envidioso y ruin, cortaba toda idea en flor y todo arranque en su brote. Y un día, la cabeza de Sansón apareció por detrás del mostrador. Estaba rapada. Era que Sansón, ya enriquecido, volvía a vender fideos. La gloriosa cárcel, el alborotado mitin, el vibrante artículo,

desaparecieron al caer la melena. Algunos tontos compraban paquetes de sopa, en que aparecía este rótulo: "Sopa de yerbas.- Sansón revolucionario.- ¡Viva el pueblo!".

Como este Sansón hay muchos, que ni llegan a filisteos. Renegaron de sus ideales, cortaron uno a uno sus rizos, ingresando en partidos enemigos del suyo. Venderán sopa revolucionaria de yerbas cuando menos...